

PUERTO RICO EVANGÉLICO

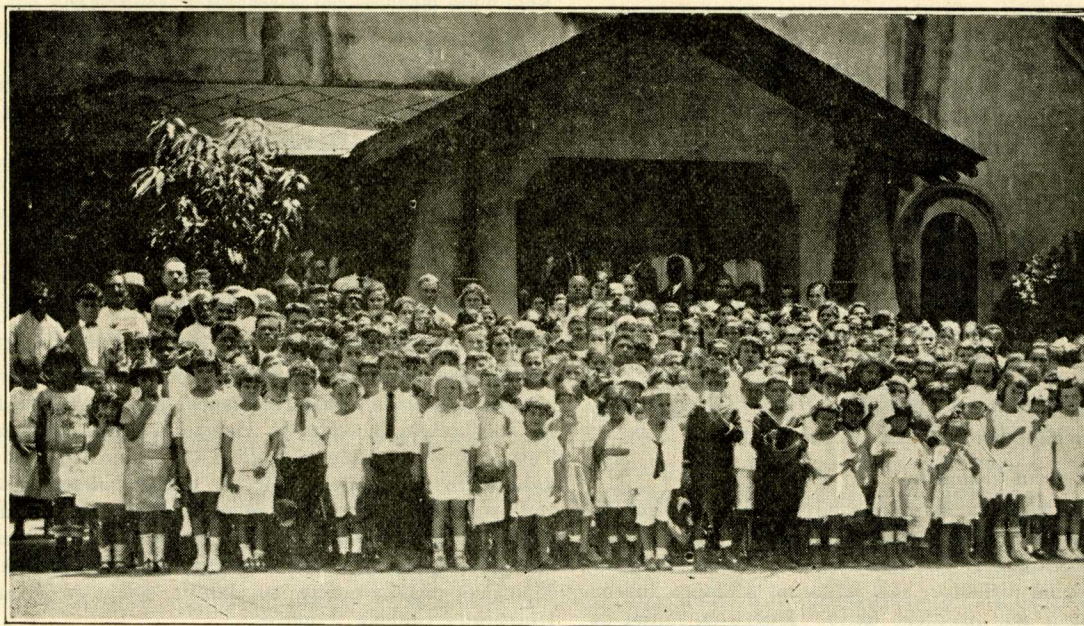
Pro Christo



Año XII

Ponce, Puerto Rico, Septiembre 25, 1923

Núm. 6



Escuela Bíblica de la Iglesia Bautista de Caguas.

Una de las más progresistas y eficientes en la Isla. El Sr. Manuel Aguayo es el superintendente; el Sr. Abelardo M. Díaz Morales el pastor, y la Srta. Ester Palacios la misionera.

Para los Niños

A cargo de Abelardo M. Díaz Morales.

EL LUGAR EN QUE NACIMOS.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

(Dedicado a mi primogénita Abigaíl.)

Como nos es imposible hablar del lugar en que hemos de morir, porque este es un secreto que sólo Dios conoce, hablaremos del lugar en que nació primeramente tu padre y después naciste tú.

Vi por vez primera la luz del sol en una casa de modesta apariencia, bastante grande, sin balcón, fabricada de madera y techada de paja la parte principal y de zinc la cocina, la cual estaba provista de una galería. Estaba edificada sobre una colina suavemente inclinada, baja, larga y angosta, semejante al lomo de un animal inmenso. Fué la segunda casa que construyó mi padre al aumentar sus recursos económicos, los que, al principio, fueron muy exiguos.

Desde ella se domina un horizonte muy amplio y variado: las fértiles vegas del Plata, el pequeño pueblo de Toa Alta, las altas montañas de Naranjito y, allá a lo lejos y mirando hacia el oriente, algunos elevados picos azulados de la Sierra de Luquillo, que sólo se divisan cuando la atmósfera está muy clara.

Aquí, muy cerca, principian las fértiles y codiciadas vegas del Toa, las que, ora sobre una margen, ora sobre la otra, o sobre ambas a la vez, se prolongan sin interrupción apenas hasta llegar al mar. Las vegas mencionadas forman uno de los paisajes más bellos de Puerto Rico, especialmente cuando se contempla desde las alturas de Naranjito o de las más próximas del barrio Piñas, así como también desde la carretera que une a Toa Alta con Corozal. En mi ingenua niñez creía firmemente que estas vegas, las llamadas de "Los Cocos," eran las más bellas del mundo. Y todavía esta ilusión de niño, orgulloso del lugar en que ha nacido, persiste en mí a la edad de casi 40 años.

Antes de yo conocerlas, mi laborioso padre cultivaba en su finca abundante y sabrosas papas, que, transportadas en una carreta tirada por bueyes, eran vendidas a buen precio en San Juan, "la siudá," como la llamaban los jíbaros de entonces. Y un rico vecino, don Ezequiel Castro, sembraba y molía cañas en la suya, que quedaba contigua.

Cuando yo me criaba, alrededor de un centenar de bueyes pastaban sueltos en otra finca colindante: era la boyada de mi cariñoso y liberal tío Justino Díaz. En la nuestra y la que antes había sido de don Ezequiel Castro pastaban también largas hileras de novillos, que comían verde y abundoso malojillo. Pero mi previsora madre, quien era siempre partidaria del cultivo de frutos menores, dedicaba parte del terreno a la siembra de plátanos, guineos, batatas, habichuelas, maíz y arroz. Hoy la caña monopolizadora ha sustituido a la antigua ceiba del ganado y al variado cultivo de frutos menores; los arados modernos, al antiguo arado importado por los españoles en Puerto Rico a raíz de su colonización y por los árabes en España; la locomotora se desliza triunfal-

mente por la llanura, y una carretera asoma ya por el horizonte, hacia el nordeste, la que, al poner en comunicación a Toa Alta con Bayamón, mostrará sus curvas al que la contemple desde donde yo estoy escribiendo estas líneas (en el balcón de la casa que mi madre tenía en el campo.)

Aquí ha tenido su génesis y desarrollo mi familia. Mi madre vivió aquí por espacio de 52 años, muriendo poco después de haber salido de estos pintorescos lares tan amados y embellecidos por ella. Regresó por breve tiempo, y aunque volvió a dejarlos, murió pensando en ellos. Todos sus hijos y muchos de sus nietos aquí han nacido (tú entre estos últimos.) Mi padre y un número grande de mis hermanos murieron aquí. Y aquí también han principiado su vida matrimonial mis padres y casi todos sus hijos casados, incluso el que estas líneas escribe. Todo esto naturalmente forma una poderosa cadena espiritual de sufrimientos y alegrías, de luchas y triunfos, de recuerdos y esperanzas. Todo esto trae a nuestra mente evocatriz un ataúd con su luto, una despedida con sus lágrimas, una bienvenida con su algazara, una cuna con sus besos y un nuevo hogar con su profundo regocijo y con sus graves responsabilidades.

Sin duda, ha habido muchos cambios y muy notables, pero aun queda el mismo río con su cadencioso murmullo, la misma brisa con sus refrescantes y ruidosos soplos, el mismo horizonte amplio y diáfano, algunos grandes árboles añosos, el pequeño jardín y el pintoresco bosquecito de la abuela, las avejillas que alegran nuestra vista con su plumaje y nuestros oídos con sus dulces cantos, la habitación en que naciste y, sobre todo, la escalera en que tu inolvidable abuela y mi nobilísima madre salía a recibirnos, como ella sabía recibir a los seres que amaba mucho.

La abuela ha muerto hace cerca de 4 años, pero su talento para los negocios y su sorprendente y habitual espíritu de hospitalidad parece que los ha legado a tus buenos tíos Leopoldo y Mercedes, quienes si es verdad que han reformado y cambiado el aspecto de la casa, en cambio, han dejado intacta la vieja tradición de la misma: la modestia, la laboriosidad y el buen trato para con todos los que tenemos el privilegio de ser sus huéspedes.

"Los Cocos," Toa Alta, agosto 22 de 1923.

LAFAYETTE.

El general marqués de La Fayette y político francés, nació en el castillo de Chavainac en seis de septiembre de mil setecientos cincuenta y siete, y murió en París en veinte de mayo de 1834. A los trece años se vió dueño de una considerable fortuna, entrando en 1771 en la segunda compañía de mosqueteros, de la que pasó en 1773 al regimiento de Noailles con el grado de subteniente. En 1774 casó con una hija del duque Ayen, y poco después fué destinado a la guarnición de Metz como capitán de dragones. Hallándose allí, supo que las colonias inglesas de América del Norte se habían sublevado contra la metrópoli, y resolvió combatir al lado de los rebeldes, poniéndose de acuerdo, al efecto, con Benjamín Franklin, y fletó una fragata a sus expensas desembarcando en Georgetown en 1777. El congreso americano le nombró mayor general del ejército, y pocos días después fué presentado a Wáshington, que le acogió con mucho afecto. En 11 de septiembre del mismo año hizo La Fayette sus